

entregado á todo género de liviandades. Los merovingios, después de Dagoberto, no son reyes más que de nombre; la historia les llama *faineants* y efectivamente nada hicieron porque nada podían hacer. La aristocracia tomó las riendas del gobierno por mano de sus caudillos, especies de ministros palatinos ó mayordomos del Palacio [*maires du palais*]. Pronto lucharon los de Neustria contra los de Ostrasia. El más famoso entre los primeros fué Ebroin, que logró vencer á los de Ostrasia que obedecían á los *Pepin*, duques de los francos. Pero éstos se sobrepusieron al fin y Neustria y Ostrasia formaron un solo reino, con un fantasma de merovingio en el trono y el duque Pepin de Herstal en el gobierno. Hijo de este *maire* fué el famoso Karl Martel, el verdadero fundador de la dinastía de los Karling ó Carolingios.

Los francos no fueron conquistadores en las Galias, sino vencedores de los que gobernaban el país en nombre de Roma ó propio, cuando se presentaron, y á quienes se sustituyeron; si hubo mil actos parciales de violencia y ferocidad, no hubo ninguno de esos actos generales que separan en dos campos á los dueños y á los siervos; respetaron ó hicieron oficialmente suya la religión y la lengua de los romanos, muchos de los cuales siguieron siendo altos funcionarios y grandes propietarios. (La distinción en la tarifa de la *wergheld* entre francos y romanos era una manifestación de orgullo, no política). Por desgracia, después de tres siglos de desorden espantoso, la Galia había perdido toda su vitalidad y era incapaz de iniciar á sus dominadores en la verdadera cultura romana; el cristianismo produjo en ellos efectos muy lentos, como lo prueba la depravación de las costumbres que reinó entre francos y galos. Codiciosos por todo extremo, se visten y se rodean de un lujo bárbaro; lujuriosos con un desenfreno salvaje, reyes y señores presentan tipos de inverosímil liviandad desde la infancia casi; sanguinarios implacables, las familias reales se entreasesinan durante un siglo hasta agotarse. En consecuencia, esta depravación es de las que secan las fuentes mismas de la vida, es de las irreparables. —A la vez su gobierno es profundamente inhábil. —Como reyes germanos, si su poder estaba limitado, era muy alto, casi divino por su función de protectores del pueblo y de conservadores de la paz; más los merovingios complicaron esta función con la imitación del emperador romano, ó mejor dicho, con la del *basileo* bizantino, personaje sacrosanto y déspota oriental, consentido á veces como jefe por la Iglesia misma y superior á toda ley, pero involuntariamente limitado por la enorme complicación del mecanismo administrativo; los merovingios tienen también sus palacios, sus consistorios, sus oficiales, pero todo burdo, indeterminado ó incoherente; también puján por ser jefes de la Iglesia, distribuyen á su antojo los beneficios eclesiásticos y hasta alguno de ellos, á guisa de emperador bizantino, pretendió lanzar una declaración dogmática (Chilperico). La Iglesia en cambio obtenía tierras inmensas, ricas ca-

tedrales, y privilegios ó inmunidades por doquiera; es decir, compartía de hecho la soberanía con el rey. —Y el rey que no veía la soberanía en abstracto como los romanos, sino materialmente compuesta de honores y riquezas, la dividía incesantemente entre sus hijos, y los hijos para poderse devorar los unos á los otros, la dividían con sus fieles ó leudes; dones temporales que acaban por hacerse hereditarios. Mas los nuevos propietarios no sólo se creían con un derecho civil sobre su tierra, sino político; eran en su propiedad dueños de vidas y haciendas, es decir, reyes locales. Esta formidable aristocracia gobernó por medio de los mayordomos palatinos y dejó perecer á su sombra los últimos vástagos de los merovingios.

5. Justiniano había soñado restaurar el imperio de Constantino; sus victorias y reconquistas agotaron los recursos del imperio y obligaron á los bizantinos á enormes sacrificios y á distraer en España, Italia y Africa los elementos de defensa que debieron concentrar contra los *awars*; pueblo de origen tártaro como los hunos, que se había señoreado de Pannonia, y los Persas, implacables enemigos del imperio. — Una serie de emperadores que termina con el cruelísimo usurpador Focas sucede á Justiniano y precede á Heraklio, joven general que destrona á Focas y es proclamado *basileus* entre las bendiciones del pueblo. El nuevo César era un inspirado y un héroe; todo lo subordinaba á sus aspiraciones religiosas, y sus grandes campañas fueron verdaderas *cruzadas*. — “Los *awars*, dice un historiador contemporáneo, habían hecho un desierto de Europa; los Persas habían arruinado á fondo el Asia y deportado á lo lejos poblaciones enteras.” Aliados á los búlgaros, dueños de los esclavos, de ambos pueblos se valían los *awars* para tener en perpetua alarma al imperio y vez hubo que llegaron á los muros de Constantinopla. Los Persas, fanatizados por los magos y por los herejes nestorianos expulsados del imperio, llamados por los judíos en plena rebelión, que les ofrecían entregarles las ciudades sirias para vengarse de sus terribles opresores cristianos, invadieron las provincias asiáticas, se apoderaron de Jerusalem y con espanto del mundo bizantino se llevaron el leño santo de la cruz (614). Para rescatarlo marchó Heraklio al Oriente. — Predicóse en todo el imperio la guerra santa; la iglesia dió todos sus recursos; el patriarca de Constantinopla se encargó de defender la ciudad contra los *awars* y bajo la protección de la Virgen [*la panagia*] el ejército cristiano entró en acción. Al cabo de muchos años de gloriosas campañas, Heraklio había puesto á sus piés el imperio persa; Ktesifón lo vió entrar en triunfo y el nuevo monarca (porque Kosroes, el enemigo de los cristianos, había perecido)

entregó al vencedor el leño santo de la cruz que fué solemnemente reinstalado en Jerusalem (628). Los boletines de guerra de Heraklio parecen salmos y la exaltación religiosa de la cristiandad bizantina fué inmensa; la Virgen que había dado á Heraklio la victoria, había también libertado á Constantinopla sitiada por los awars, y el pueblo entonó las alabanzas de María, que todos los cristianos cantaban ya con el nombre de *letanías*.—Los resultados de todo esto fueron: 1º El aniquilamiento del segundo imperio persa, que quedaba á merced de cualquier conquistador. 2º La exacerbación del sentimiento religioso, que aumentó el rigor contra las herejías perseguidas y, sobre todo, en Siria y Egipto, causó la disolución moral del imperio.

LOS ÁRABES.

(Siglos VII y VIII.)

1. Antecedentes del Islamismo.—2. Mahoma (Mohamed) y su obra.—3. El califato perfecto y la conquista en Asia.—4. El califato de Damasco y la conquista en Africa y Europa.—5. Los Abbasidas y el desmembramiento del Imperio.

1. La península arábica, defendida de invasiones por el enorme océano de arena que baja entre las cuencas del Eufrates y el Jordan, y que bordado por la caldera del mar Rojo y por el Pérsico, despliega su arida costa meridional sobre el mar Índico, fué codiciada por los conquistadores egipcios, por los asirios, por los persas, por Alejandro y los romanos. Ninguno pudo mantenerse en ella, aunque las numerosas caravanas y las tribus nómades que surcaban el desierto llevando á los mercados de Oriente muestras de sus ricos productos (gomas, perfumes) y noticias de los reinos establecidos en el Yemen, excitaban la codicia de aquellos pueblos que sucesivamente ensangrentaron y saquearon el Asia. En Arabia, la población, en parte trashumante y sedentaria en parte, pertenecía á la gran familia semítica; algunos etnologistas consideran á Arabia como el centro de difusión de los semitas. De raza guerrera, en perpetua lucha con el desierto y con los hombres; de raza soñadora, con un perenne espejismo delante de los ojos y una tienda de estrellas en el cielo cobijando las tiendas del aduar, el árabe para entrar y figurar en la historia humana, no necesitaba más que un ideal que unificara las tribus y una oportunidad histórica que pusiera en

contacto al pueblo ya organizado con el mundo exterior.—Los árabes en el Siglo VI poseían una señal clara de antigua cultura; una lengua perfectamente adelantada y una literatura poética admirable y todas las tribus y las familias tenían sus poetas, porque en aquella raza la imaginación y el sentimiento predominaban. Su religión se basaba sobre la adoración de los astros y era un politeísmo vago, pero que reconocía un centro, la Mekka, en donde estaba depositada la piedra arrojada con Adán del Paraíso, dentro de un edículo llamado la Kaaba, situada en el sitio en que Agar y su hijo Ismael, padre del pueblo árabe, fueron socorridos por el ángel. El Dios (Alah) de Abraham era, no el único, pero sí el principal para todos los árabes, y una tribu, la de Koreish, encargada de guardar la Kaaba, era francamente monoteísta, aunque explotaba la idolatría de las tribus y por eso se opuso á Mahoma, que era, sin embargo, un Koreishita. Además, había numerosos grupos de judíos en el Hedchaz y particularmente en Yatrib, y los cristianos de Abysinia habían sido dueños recientemente del Yemen, que les disputaban los persas. Todo esto contribuía á preparar la upidad religiosa de los árabes, con tal que el que aprovechara su instinto monoteísta supiese respetar y consagrar lo que de mejor encontrase en sus costumbres.

2. Tal fué precisamente la empresa de Mahoma ó Mohammed (el alabado). Educado en el desierto y convertido en poeta por la soledad y la raza, cuando ya casi hombre conducía sus camellos desde el Hedchaz á Siria y se puso en contacto con los sectarios de todas las religiones y todas las herejías, el espíritu simplificador de su raza lo elevó á una noción superior y sencilla de la divinidad, y concibió el designio de comunicarla y predicarla. La fortuna de su esposa le permitió entregarse á la meditación; tomó parte en una asociación de hombres caritativos y el poeta se transformó en profeta, en inspirado. Lo era; sujeto desde niño á ataques epilépticos—señal de posesión divina ó diabólica en aquellos tiempos—sus éxtasis, sus convulsiones indicaban el influjo en él de una especie de gran histeria masculina; su figura, su elocuencia [hablaba una prosa rítmica que ejercía particular encanto sobre el auditorio] fueron parte á aumentar su prestigio; pronto lo conocieron muchos de los numerosísimos peregrinos que periódicamente visitaban la ciudad santa y la predicación empezó. Mahoma afirmaba que el arcángel Gabriel le dictaba sus máximas, que eran una verdadera revelación y que no tenía más dogmas que éstos: no hay más

Dios que Alah; Mohammed es su profeta; Alah es inmutable, todo lo tiene previsto, todo prescrito; no hay más que someterse incondicionalmente á su voluntad; por eso la nueva religión se llamó *Islam* (sumisión á Alah) no hay más culto que la plegaria, que es un simple acto de adoración. La moral de esta religión, tomada de lo mejor de las costumbres semíticas y de la Biblia y el Evangelio, para combatir lo que había de inferior en esas mismas costumbres, recomendaba como virtudes principales la limosna, el respeto á la mujer "que sólo es inferior al hombre, porque el hombre puede defenderla" y el pacto de amistad eterna entre los creyentes ó *muslimes* (musulmanes). La recompensa del creyente era un paraíso de incomparables deleites, todo lo que la imaginación oriental podía soñar de más bello y más sensual. —La religión de Mahoma es una rama del judaísmo y del cristianismo á un tiempo; como éstas, es una religión universal; y, si desde el punto de vista abstracto su moral es inferior á la cristiana, era mucho más apropiada á los hábitos y costumbres que la naturaleza misma imponía á los orientales. Por eso el mahometismo, si como poder político ha declinado, como agente religioso aún conserva sus doscientos millones de creyentes, y después de conquistar una buena parte del Asia, continúa sus conquistas en el mundo negro, destinado irremisiblemente á ser musulman. —Mahoma perseguido á muerte por sus enemigos los Koreishitas tuvo que huir á Yatrib ó Medina¹ y comenzó su papel de monarca ó Kalifa y el período de organización. Para los árabes tenía esta organización que ser militar; ellos ni habrían seguido, ni habrían comprendido una predicación de paz como la de Jesús. Mohammed predicó la conversión ó el exterminio de sus enemigos y Alah es, bajo este aspecto, el verdadero Dios de Abraham, es Yahveh. Su ejército, tras sangrientas luchas, llegó á ser invencible, como que á los musulmanes muertos en la guerra les prometía el paraíso. Se apoderó de la Mekka, destruyó los ídolos, se hizo reconocer por la mayor parte de las tribus y convirtió á la Arabia en un semillero de apóstoles armados. Señaló á su ambición la conquista del Asia por meta y murió en 632.

3. La acción de los grandes factores históricos, no siempre fáciles de rastrear en la infinita complejidad de los fenómenos sociales, es clara y franca cuando de los árabes se trata: el carácter, resultante

¹ De esta fuga ó *hegira* data la Era de los árabes; su primer año corresponde al 622 de la Era vulgar.

del medio y de la raza, el carácter guerrero y aventurero, es el primer factor; el ideal, agente de unificación, ideal religioso y poético, es el segundo y la promoción de este ideal fué la parte principal de la obra de Mohammed; el momento histórico ó el conjunto de condiciones que determinan la plena actividad de los otros factores, es el tercero. —Sí, el momento histórico era propicio; la población de Siria y Egipto exasperada por las persecuciones á los judíos, fanatizada por la lucha de las heregias, no conocía ya los vínculos patrióticos con el imperio bizantino. Los persas, más débiles, más divididos, más disueltos que los griegos, sólo esperaban un conquistador más resuelto que Heraklio. —A Mahoma sucedió el más anciano de sus amigos, el austero y piadoso Abubeckre, elegido por los amigos del profeta: "muslimes, decía el nuevo Kalifa ó comendador de los creyentes, si adorabais á Mahoma, sabed que Mahoma ha muerto; si á Dios adorabais, Dios vive, Dios no muere." Con Abubeckre comenzó el primer período del Kalifato, que se ha llamado *el Kalifato perfecto*; durante él se realizaron las grandes conquistas de Asia y Egipto, y se compiló y dió forma definitiva al libro sagrado del islamismo, el Korán (lectura ó libro por excelencia). Este libro encerraba en sus versículos ó *suras* toda la enseñanza del Profeta; era un libro de religión y moral, al mismo tiempo que un prontuario de higiene semítica y un código civil y penal; y como todo él era revelado, es decir, sagrado, su fuerza constituyó su debilidad, porque dió á sus preceptos religiosos el mismo valor que á los civiles, efímeros por naturaleza. La conquista de Siria empezó con el primer Kalifa y se consumó en tiempo del segundo, el sencillo y justiciero Omar, con la completa derrota de Heraklio y la toma de Jerusalem y de Damasco. El feroz é irresistible Kaled hizo en ella el primer papel. Amrru conquistó á Egipto, en donde los hereges monotelitas suspiraban por sacudir la opresión bizantina; en Alejandria, según una tradición no muy verídica, quemó Amrru los restos de la biblioteca, incendiada en tiempo de Julio César y casi destruída por los salvajes monjes de las tebaidas. Sin embargo, la regla general fué que los árabes se mostrasen ilustrados ó afanosos de ilustrarse y tolerantes con las poblaciones conquistadas. Al mismo tiempo que Egipto y después de una sola y larguísima batalla, sucumbió el imperio persa (641) que en vano había querido galvanizar Rustem, proclamando la guerra santa y enarbolando á manera de estandarte el mandil de cuero del fundador de la dinastía Sassanida. A Omar sucedió Ozmán, muerto asesinado en una

revuelta, y á éste el incomparable guerrero y gran poeta Alí, yerno del Profeta. La conquista siguió; pero á la influencia de los árabes había sucedido la de los sirios y el elemento puramente militar provocó la creación de un Kalifato laico, digámoslo así, de una verdadera monarquía distinta del apostolado de los Kalifas perfectos; de aquí la rebelión, á cuyo frente se puso el representante de una familia de mucho antes enemiga de Mahoma mismo, y la derrota y muerte de Alí (661).—Moawia, así se llamaba el vencedor, funda la dinastía de los Umeyahs y transfiere la capital política á Damasco, intentando en vano sojuzgar la Mekka, lo que logró después uno de sus sucesores. El esplendor y el lujo desplegado por los Kalifas umeyahs, recordaba el de los extinguidos imperios orientales; y la conquista siguió. Constantinopla, atacada periódicamente, supo resistir á los musulmanes, pero el Africa líbica sucumbió tras larguísima y empeñada lucha; cuando el Mahgreb (Marruecos) hubo sucumbido, la raza berber, descendiente de los nómadas, abrazó con tal fanatismo el Islam, que para dar rápido empleo á sus ímpetus guerreros, los árabes, la lanzaron sobre España. En la península, presa de las discordias de los magnates, mal preparada para una gran lucha por el gobierno eclesiástico de los concilios y cuya población, sin fuertes simpatías por los godos de la clase dominante, no deseaba otra cosa sino que le dejaran su libertad religiosa, la conquista musulmana fué breve y total; comenzó en 711 y veinte años después hasta la Galia meridional estaba sometida. Allí contuvo á los árabes y salvó á la Europa occidental el verdadero fundador de la dinastía carolingia, Karl Martel, en 732. Diez y ocho años después, el kalifato de Damasco sucumbía á manos de los Abbassidas, vengadores de Alí, que hicieron perecer á todos los miembros de la familia umeyah y plantaron su estandarte negro en una nueva capital, en Bagdad, en el Alto Tigris.—El kalifato de Bagdad, que había de tener un período de extraordinaria grandeza y había de durar de 750 á 1258, trajo consigo desde sus comienzos el desmembramiento del imperio musulmán. Todo lo que la monarquía árabe había ganado en el Asia Central, al grado de tener por límites las cuencas del Oxus y del Indo y las cordilleras que las separan, lo perdió en el Mahgreb y Europa, en donde un vástago, el único salvado de la dinastía Umeyah, el príncipe poeta Abder Raman, pacificó la península española entregada á las disensiones de los emires y zanjó las bases del kalifato de Córdoba.

RESTAURACIÓN GERMÁNICA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE.

(Siglos VIII y IX.)

1. La Iglesia y los Carlovingios.—2. Carlo Magno y el Imperio.—3. La dinastía imperial.—4. Los northmans y el fin de las invasiones germánicas y de los carlovingios.

1. La situación de la Iglesia fué por extremo precaria durante el Siglo VII. Roma seguía bajo la dependencia política del imperio y del exarca; pero, *de hecho*, el papa era la primera autoridad en la ciudad eterna y aspiraba á serlo *de derecho*, para gozar de plena libertad en el gobierno de la Iglesia; más los emperadores continuaban queriendo obligar á la cristiandad y al obispo de Roma á reconocerlos como verdaderos jefes religiosos y á aceptar sus decisiones dogmáticas. Estas tenían por objeto reconciliar por medio de transacciones teológicas á los sectarios que dividían el imperio después de la extinción de los nestorianos y que unos estaban por la unidad de la naturaleza en Cristo (monofisitas) otros por la unidad en la voluntad (monotelitas) y en suma, disminuían ó la naturaleza humana ó la divina de Jesús. Roma, con la sola excepción quizás del papa Honorio, siguió firme su programa ortodoxo; nada que disminuyera la divinidad ni la humanidad del Cristo; había sido todo un Dios y todo un Hombre en una sola persona. Algún papa llevó su resistencia á los dogmas imperiales hasta el martirio; pero por fin un concilio restableció la paz entre las dos Iglesias. No había, sin embargo, acabado el VII siglo cuando las relaciones entre las que ya podemos llamar dos potencias, tomaron nuevo y más temeroso aspecto; León el Isáurico fué el primero de una serie de príncipes ilustres, que bajo la influencia de las escuelas asiáticas donde el helenismo oriental se conservaba más puro, intentaron una obra inmensa de reforma: en el culto, suprimiendo la idolatría (adoración de las imágenes, por eso les llamaron destructores de imágenes ó *ikonoklastas*); en la iglesia, combatiendo la preponderancia del monaquismo que absorbía todas las fuerzas vivas del imperio; en la ley civil, transformando en un sentido liberal la legislación de Justiniano y mejorando la organización de la familia; en sentido social, aboliendo la servidumbre, etc. Esta obra magna, que sólo ha sido juzgada hasta hoy por la pasión, duró mucho más de un siglo y fué suspendida varias

veces por reacciones terribles en Constantinopla, como que tenía en contra los cuatro quintos de la población del imperio, los monjes, las mujeres, las multitudes; la parte religiosa de la reforma no subsistió, pero sus otros elementos dejaron hondas huellas. En todo el Occidente, sobre todo, en Italia, las disposiciones de los ikonoklastas causaron una conflagración inmensa, á cuya cabeza se colocó con soberana intrepidez el papa Gregorio II; las imágenes servían á la enseñanza objetiva, como hoy se diría, de la religión, clamaba el pontífice, son una santa costumbre que no se podría desarraigar sin descristianizar las poblaciones; y efectivamente no sólo esto hubiera sucedido, sino que el arte italiano habría muerto en germen á haber triunfado la Reforma.—Gregorio se apoyó en los lombardos que bajo el sabio gobierno de Luitprando eran, como nunca, poderosos; pero cuando vió que éstos vencían á los griegos y temió haberse dado amos dentro de Italia misma, suscitó otros enemigos á Luitprando, al frente de quienes se pusieron los venecianos. Venecia, nacida sobre las islas que circunda el Adriático en su extremidad septentrional, de una población de fugitivos que buscaba en ellas refugio contra las invasiones de los hunos, de los ostrogodos, de los lombardos, después de vivir y crecer á la sombra del imperio bizantino, tenía ya su gobierno propio [*doges*], su marina y su comercio. Desde entonces los pontífices despliegan esa política esencialmente italiana, que consiste en promover el antagonismo entre enemigos ó amigos poderosos, para aprovecharse de él; Luitprando estuvo á punto de apoderarse de Roma, pero el pontífice recurrió para domarlo á todo su prestigio religioso. En suma, el papa quería dominar en Roma y predominar en Italia; para ello era un obstáculo el Imperio y mucho más el imperio herético que amenazaba hasta su poder espiritual, pero era obstáculo mayor el poder cada vez mejor organizado de los lombardos, dentro de la misma Italia. El papa volvió los ojos á la potencia germánica, que, más allá de los Alpes, había crecido bajo los auspicios del episcopado católico.

Un vástago de la casa de Herstal, Karl, sobrenombrado Martel (el martillo) había á un tiempo consolidado el poder de Ostrasia sobre la Galia entera y procurado en los pueblos de más allá del Rhin (saxones, frisonos, turingios) aniquilar los focos de las futuras invasiones. Karl, en Galia, respetaba poco á la Iglesia y distribuía sus beneficios y sus riquezas entre sus desalmados guerreros; mas comprendía bien la ventaja que sacaría de la conversión de los germanos adoradores de

Odn y de aquí su protección á los misioneros. Los irlandeses habían sido hasta entonces los directores de la conversión, pero los germanos puros los entendían muy poco; entonces comenzaron las misiones de anglo-saxones, que fueron definitivamente organizadas por Winfrido (S. Bonifacio) que fundó conventos—ciudades como el de Fulda en plena Germania y llegó á ser primado de la Iglesia Germánica, estableciendo su Sede en Maguncia; S. Bonifacio había recibido su investidura del pontífice y al conquistar á los pueblos germanos para la religión, los conquistaba también para la supremacía de Roma. De modo que el apóstol de Germania, al mismo tiempo cristianizador y civilizador, era un agente del papa y un agente del gran mayordomo palatino Karl Martel; era un vínculo de unión entre ellos. Cuando los árabes y los moros que hacían correrías desde los Pirineos á las orillas del Rhin, destruyendo iglesias y conventos, amenazaron con apoderarse de la Galia meridional, Karl Martel, con un inmenso ejército reclutado desde las orillas del Elba hasta las del Atlántico, salvó en Poitiers á la cristiandad (732) y venció á las legiones que de África y Asia, respondiendo á la proclamación de la guerra santa, habían franqueado los Pirineos; entonces apareció á los ojos del mundo cristiano como un héroe predestinado y el Papa y Bonifacio solicitaron su intervención en los asuntos de Italia. Karl murió dejando sus funciones casi regias en herencia á sus hijos Pippín, llamado *le Bref*, y Karlomán; pronto el primero quedó solo, por haberse hecho monje su hermano [747] y la Iglesia de las Galias, apoyada en este rey piadoso y bajo los auspicios de Bonifacio, se reunió en concilios y se regeneró; bien lo necesitaba desde que los obispos eran guerreros como los demás *antrustions* de Martel. Según parece con la venia, pero, de seguro, con la aprobación del papa, el año de 751, Pippín fué proclamado rey de los franks, y el último descendiente de los merovingios murió encerrado en un convento. La alianza del nuevo rey con Roma tenía que producir resultados pronto, porque los lombardos habían logrado al fin apoderarse de Ravenna y del exarcado y reclamaban á Roma como parte de él. Cartas que se suponían escritas por S. Pedro mismo, visitas del papa á las Galias y consagración solemne de la usurpación, nada se omitió; por fin los franks descendieron á Italia, arrancaron el exarcado á los lombardos y lo dieron en posesión á los obispos de Roma; el poder temporal del papa había nacido; debía durar hasta 1870.

2. Karl y Karlomán sucedieron á su padre, el primero en Ostrasia

y el segundo en Neustria; Karl ó Carolus, conquistador definitivo del Sur de la Galia [Aquitania] cuando murió su hermano, hizo á un lado á sus sobrinos y fué el único rey; la historia, no sin razón, le ha llamado Carlo Magno.—Lo consideraremos como conquistador, como legislador y como civilizador. 1.º Sometida la Galia entera, Carlo Magno penetró en España y estableció más allá de los Pirineos un gobierno de frontera ó *marca* entre los Pirineos y el Ebro, que se llamó *Marca hispánica*. A su vuelta de esta expedición, su retaguardia, mandada por el conde Roland, fué deshecha en Roncesvalles por los vascones y los árabes. El papa, amenazado por los lombardos que pretendían recobrar á Ravenna, lo llamó á Italia en 773; Karl destruyó el reino lombardo, cedió en Milán la corona de hierro de los reyes vencidos y como rey de francos y lombardos, confirmó al papa sus posesiones en el Exarcado; aún hizo otra campaña en Italia y dió por límites á sus dominios el *Garigliano*, al Sur del cual existían todavía varios gobiernos ó *themas* bizantinos. Mas la obra magna de Karl, como guerrero, fué la sumisión de los germanos entre el Rhin y el Elba, lo que se ha llamado la guerra con los saxones. Mucho habían hecho adelantar los monjes la cristianización germánica, y como no sólo predicaban, sino que trabajaban, estableciendo junto del monasterio la población, desecando el pantano, desmontando el bosque, arando el campo, fundando el molino, resultaba que por donde quiera brotaban núcleos de población sedentaria, e. d., núcleos de civilización. Pero una enorme masa, en la que el culto de Irmin-Seul [el dios protector del tesoro de las tribus saxonas] predominaba, se mantenía refractaria á toda tentativa de cristianización. Carlo Magno decidió emprender esta obra; treinta años ó más perseveró en tal empeño; corrieron ríos de sangre, hubo poblaciones exterminadas, millares de prisioneros asesinados, enormes grupos de sometidos, bautizados en masa, pero hubo además fortalezas establecidas en los puntos estratégicos, ciudades fundadas en el corazón de la barbarie, iglesias y monasterios nuevos, y caminos que lo ligaban todo. Gracias á este procedimiento romano, Karl dió cima á su tentativa y creó una Germania cristiana que toma parte activa desde ese instante en la evolución general. La reducción á provincia imperial del más antiguo de los gobiernos germánicos organizados en el imperio romano, del ducado de Baviera, en que se habían mezclado los markomans y los kuads con poblaciones célticas, y la destrucción de las hordas awars establecidas en Pannonia, completaron la obra de

la conquista franca. En el primer año del siglo IX, llamado de nuevo por el papa, el gran conquistador y cristianizador volvió á Roma; el dueño de un territorio que se extendía del Ebro al Elba y de las bocas del Rhin al Garigliano, cuya misión coincidía con la de la Iglesia y cuyos enemigos eran unos mismos, necesitaba celebrar una perpetua alianza con ella; la dinastía carolingia y el pontificado debían formar una unidad superior; de aquí en todos los ánimos la idea de resucitar la institución imperial en Occidente. En la Noche Buena del año de 800, Karl fué saludado emperador y consagrado por el pontífice. La unidad del mundo romano-germánico estaba hecha gracias á la Iglesia ¿pero en provecho de quién? El porvenir se encargaría de resolver el enigma. 2.º Carlo Magno, como mantenía las costumbres germánicas en su corte, así mantuvo las instituciones; las antiguas asambleas ó *malls* tomaron mayor importancia y en ellas reunidos los hombres libres, con los obispos y los funcionarios, decidieron no sólo asuntos de guerra, sino judiciales, de orden interior y hasta religiosos, todo por supuesto sometido á la resolución inapelable del emperador, cuyas ordenanzas se publicaron después en colecciones que recibieron el nombre de *capitulares* [divididas en capítulos]. Los tres reinos de Francia [que comprendía á Germania], de Italia y de Aquitania, que tenían por capital á *Aachen* [Aquisgram] estaban distribuidos en condados interiores ó fronterizos y á su frente estaban duques ó condes, interiores [land grafs ó burg grafs] y fronteros, de las marcas [mark-grafs]. Estos oficiales constituían una clase dispuesta á abusar de sus privilegios, pero vigilados por los inspectores imperiales [*missi dominici*]. 3.º Carlo Magno, tomando en serio su papel imperial de obispo de los obispos, trató de reformar las costumbres corrompidas del clero y aun de intervenir en alguna cuestión dogmática. Adelantándose á su época creó una especie de instrucción obligatoria por medio de las escuelas de los monasterios y otra superior, cuyo centro era la escuela palatina, á cuyo frente estaba el monje anglo-sajón Alcuino, en donde se estudiaba astronomía y retórica, etc. Carlo Magno fué, pues, un civilizador. Cuando murió dejó el imperio á su hijo Luis.

3. Carlo Magno había muerto en 814; su heredero Luis el Pío ó el Benigno, murió en 841. Hombre completamente entregado á la devoción y sometido á la Iglesia, tuvo el reinado más triste y agitado, en aquella sociedad que, compuesta de elementos heterogéneos y hostiles, habría necesitado, para organizarse de veras, una serie de Carlo Magnos.

Repartió su reino entre sus hijos; luego, á consecuencia del nacimiento de otro, de un segundo matrimonio, hizo nueva distribución. Todo ello trajo inmensos disturbios; un día hizo penitencia pública por haber hecho morir á un su sobrino rebelde, lo que lo hizo despreciable para los guerreros francos; cierta vez fué depuesto por sus hijos conjurados en su contra, alguno de los cuales traía en su escolta al papa reinante; otra ocasión fué exaltado de nuevo por los guerreros indignados del comportamiento de sus hijos. Cuando murió, sus sucesores, Lothario, que llevaba el título de emperador, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, continuaron disputándose el imperio en sangrientísimas luchas; batalla hubo en que sucumbiese tal número de combatientes, que las poblaciones creyesen que todos los guerreros germanos y francos habían perecido [Fontanet]. Por fin, en el tratado de Verdún [843] el imperio quedó dividido así: Lothario, el emperador, se reservó Italia, la cuenca del Ródano y una zona territorial que se extendía desde Lyon al Mar del Norte, entre el Rhin, el Mosa y el Escalda y que, del nombre de su gobernante, se llamó Lotharingia [Lorena]. De la margen derecha del Rhin al Oder, á los Alpes y á la Marca Oriental [*Oester Reich*, Austria] se extendió el patrimonio de Luis el Germánico [Alemania], y el de Carlos el Calvo entre el Mosa, el Escalda, el Ródano, los Pirineos, el Atlántico y la Mancha [Francia].

4. La rama escandinava de la familia germánica, que antes había sido idéntica á la gótica, se subdividía á su vez; los daneses, á quienes hemos visto dominar el mar del Norte y mezclarse profundamente á la historia primitiva de los anglo-saxones en Inglaterra y los noruegos y suecos, conocidos más especialmente en el Siglo IX con el nombre de *Northmen* [Normandos] que en los comienzos se aplicaba á todos.

Poseídos del fanatismo odínico que negaba la vida en el Valhala ó Paraíso al que moría de muerte natural y ávidos de gloria y de botín, hacía tiempo que visitaban en enjambres los límites septentrionales de Europa, en barcos cuyas proas eran toscas imágenes de dragones ó serpientes, gozándose en las furiosas tormentas del Norte, incapaces de huir ante el peligro, dirigidos por sus *vikings* y entusiasmados hasta el frenesí por sus *skalds* ó bardos, que cantaban las proezas de los héroes. Uno de sus más importantes establecimientos era Islandia, en donde aun hoy se han conservado mejor la lengua y las tradiciones de aquellos extraordinarios piratas, en poemas admirables de ruda y salvaje inspiración, llamados *sagas*. Uno de estos grupos de *sagas*, redactado

en Islandia por el siglo XI, contiene los mejores datos sobre la religión de los vikings y se llama *Edda* (la abuela). Cuando poco ó nada se sabía de la religión de los germanos y pudo leerse el *Edda*, se formó el vasto sistema cuyo principal autor fué el sabio alemán Grimm, y la vieja colección islandesa fué la Biblia primitiva de los germanos. En nuestros días han demostrado algunos de los más notables filólogos escandinavos (Bugge y Bang) que la mayor parte de los mitos escandinavos, que se creían nacidos espontáneamente de la imaginación de los germanos, antes de que éstos se dividieran, no son más que los mitos greco-romanos y sobre todo, las leyendas judeo-cristianas, transmitidas por los monjes irlandeses, cuyos monasterios fueron el principal centro de estudios en la Europa occidental de los siglos VI y VII, á los normandos que de continuo visitaban aquellas regiones y que los *skalds* transformaban con su estro tormentoso y guerrero.

Carlo Magno pudo ver en su agonía las primeras incursiones de los normandos en los ríos alemanes, pero en tiempo de sus débiles sucesores fueron recrudeciéndose á medida que la organización y la cristianización de las playas del Báltico avanzaban bajo los auspicios de los dinamarqueses, expeliendo de su seno aquellos perpetuos elementos de desorden, de guerra y de libertad que se llamaban los *vikings*. El sistema casi invariable de aquellos piratas terribles, era buscar los cursos fluviales; se apoderaban de las poblaciones, incendiaban los templos y conventos, talaban los campos y luego buscando caballos continuaban sus incursiones hasta donde podían, haciendo un botín enorme y convocando á la hez de la sociedad para que los acompañara en el pillaje y la matanza. Así, sembrando el terror y el exterminio por donde quiera, aquellos hombres llevaron á cabo empresas portentosas; recorrieron y pillaron las costas de Francia, de España, en la que lo mismo atacaron á los cristianos que á los musulmanes, arrojando á los sarracenos de Sicilia y á los griegos de Italia, en donde se establecieron, yendo luego por el Mar Báltico á fundar con su viking Rurik, uno de los núcleos de la futura nacionalidad rusa.—Los normandos determinaron en Francia un estado de cosas, que fué causa de la decadencia definitiva de los Carolingios. La dinastía de Luis el Germánico acabó pronto en Alemania. Los primeros príncipes carolingios hicieron un pacto de fraternidad, frecuentemente renovado; mas la muerte del emperador Lothario y la división de su herencia produjo una serie de disturbios, al grado de que Luis el Germánico estuvo á punto de penetrar en el corazón de Francia, salvada gracias á Hinkmar, el arzobispo de Reims, que no sólo era un sabio sacerdote y un intrépido guerrero,

sino el primer hombre político de su tiempo. Poco después se celebró el famoso tratado de Mersen, en que se fijaron en regla los límites de Francia y Alemania (Mosa, Mosela, Vosgos, Rhin) que todavía se llamaba *la Francia Oriental*. Carlos el Calvo logró el título vano de emperador y se coronó en Roma y en Aix la Chapelle (Aquisgram), pero no pudo conjurar los dos tremendos peligros de su época: las invasiones normandas y el poderío creciente de los magnates que se habían distribuido todo el territorio del imperio y sólo nominalmente reconocían la soberanía de los monarcas carolingios. Carlos el Grueso, rey de Germania, fué llamado por los nobles franceses [porque sólo tenía derecho á la corona en Francia un niño] y revivió el imperio de Carlo Magno. Pero nada pudo hacer aquel emperador impotente ni contra los invasores ni contra los grandes. Depuesto por una Asamblea de obispos y magnates germanos [888] con él concluyó la dinastía de los carolingios germánicos, pero en Francia sobrevivió; es verdad que los duques que en el centro de Francia llevaban el título especial de *duques de Francia* y alguno de sus parientes ocuparon alguna vez el trono, merced al prestigio que sus victorias contra los normandos les daban, pero era sólo mientras un carolingio, menor ó ausente, podía reinar. Uno de éstos, Carlos el Simple, dió á los piratas normandos la Neustria, y, á pesar de lo que el acto se ha censurado, hizo perfectamente [911]. Así concluyó con las invasiones y dió á Francia un nuevo grupo de población que se convirtió rápidamente en francesa. A fines del Siglo X nada casi poseían los descendientes de Carlo Magno en Francia. Por último, la Iglesia y los nobles decidieron en 987, á la muerte de Luis V, considerar extinguida la dinastía carolingia y dar la corona á un descendiente de los duques de Francia, á Hugo Capeto.

BIBLIOGRAFÍA.—*Michelet*, Historia de Francia; *Zeller*, Historia de Alemania y Conferencias sobre la Edad Media; *Lavisse*, Orígenes de la Historia de Alemania; el Imperio Bizantino, en la col. *Oncken*; los Godos, los Sarracenos, en la colección de Historia de las Naciones; *Lebón*, los Árabes; *Green*, Historia del pueblo inglés; *Guizot*, Civilización en Europa; *Rambaud*, Historia de la civilización francesa; *Hergenroether*, Historia de la Iglesia; *Seignobos*, Historia de la civilización.

Observaciones generales.

1. Después de la crisis secular de las invasiones, el grupo que debía continuar elaborando el progreso general, apenas ha franqueado los límites del muerto imperio romano y ya los establecimientos realmente importantes de los invasores están dentro de esos límites, con excepción de dos comarcas añadidas: Irlanda, un foco de ciencia; Germania, un foco de hombres. 2. De la homogeneidad romana se había pasado á una heterogeneidad completa, sin que ésto, al ménos en apariencia, significase progreso. El Oriente y el Occidente cristianos se habían ido apartando por abismos; la antipatía de Bizancio por la *hegemonía* religiosa á que aspiraba el obispo de Roma [mientras era á la *monarquía*], la necesidad premiosa de concentrar sus esfuerzos en la lucha con eslavos, semitas y turanitas, determinaron los comienzos de una escisión irremediable. El imperio musulmán, después de trazar con pasmosa rapidez la enorme media-luna de sus conquistas, del Tauro al Pirineo, siguiendo el litoral africano, se había fraccionado también en un imperio de Oriente [el Kalifato de Bagdad] y uno de Occidente [el futuro Kalifato de Córdoba] mientras que en la Europa Occidental todos los grupos bárbaros luchaban sin tregua entre sí, y, dentro de ellos, magnates contra soberanos, todos buscando independencia y autonomía. 3. Todo ello parecía contrario á la naturaleza, tanta era la fuerza con que se había enclavado en los espíritus el ideal romano de la unidad. Restablecerla era un deber; así lo entendió Justiniano que pretendió rehacer el imperio político y militar, y fracasó. La Iglesia que había hecho de la unidad y la universalidad (catolicismo) el alma misma de su institución, lo intentó también y no en vano. 4. Precisábale desembarazarse de obstáculos interiores, es decir, de hereges [bizantinos ó arrianos] y lo logró por dos medios: 1º Precipitando la selección de un grupo germánico añadiéndole la fuerza de la religión de los gallo-romanos; el instrumento de esta selección fué el episcopado. Gracias á esto, en el siglo VII todos los germánicos invasores eran ortodoxos. 2º Encerrando á estos pueblos en una vasta zona de pueblos aún más nuevos, convertidos directamente y que se consideraban directamente dependientes de Roma; esta catolicidad se formó con una porción de la Esclavia, toda la Germania y la Bretaña anglo-saxona; de esta obra fueron meritísimo instrumento los monjes. Tamaña ac-

ción exterior hizo del Papa un jefe indiscutido de la religión en Occidente, un obispo general. Pero en aquellos tiempos de fuerza y violencia, este esbozo de unidad no podía cobrar vida, si no se disponía de la espada. 5. Lo comprendieron así los pontífices; de aquí su alianza con los carolingios, solos capaces de unificar á los germanos; ellos crearon el poder temporal, indispensable á la libre acción del obispo de Roma, y lo desembarazaron de enemigos, en cambio de la resurrección del imperio de Occidente en provecho de la dinastía nueva. 6. Mas esta dualidad, que era, según la teoría, una unidad, la del alma y el cuerpo, era facticia, era una apariencia, contrariaba las tendencias de la raza y la diversidad del *medio*. Pronto disueltá, hubo necesidad de recomenzarlo todo en bien distintas condiciones. 7. Pero si el designio total no se logró, la obra, repetimos, no fué vana, porque permitió á la Iglesia prosperar la organización del mundo bárbaro, cristianizándolo, pacificándolo y educándolo; en suma, le permitió constituirse en la representante eximia de la civilización humana.

PERIODO DEL FEUDALISMO.

(Siglo XI á Siglo XIII.)

Subdivisiones: 1ª Constitución del Feudalismo.—2ª La Iglesia y el nuevo imperio germánico.—3ª El régimen católico feudal.—4ª El Siglo XIII.

CONSTITUCIÓN DEL FEUDALISMO.

1. Origen merovingio y crecimiento carolingio del feudalismo.—2. Su establecimiento y desenvolvimiento en los Siglos X y XI.—3. La Sociedad feudal.

1. Al desaparecer los carolingios y con ellos la tentativa de reunificar el antiguo imperio romano de Occidente, la transformación de la sociedad antigua en la medioeval se ha consumado. Aquella sociedad estaba organizada para la paz, ésta para la guerra; en aquella todo era concentración, en ésta todo es dispersión; en aquella el Estado era todo, en ésta casi no es nada. ¿Entonces la sociedad feudal era una anar-

quía? No; era una *poliarquía*; no era la desaparición, sino la pulverización del Gobierno. Vamos á explicar sucintamente cómo creció, dominó y decayó este estado de cosas que se llamó "el régimen feudal" y tomamos por tipo el feudalismo francés, porque fué el que se desenvolvió más pronta y completamente; á él nos será fácil referir el feudalismo alemán, italiano, español é inglés.—La constitución del grupo germano invasor y la de la aristocracia territorial entre los romanos, son los dos más retirados antecedentes del sistema feudal; germano es el pacto que ligaba al hombre libre con su *herzog* ó su *koenig* en la guerra que lo constituía en su fiel ó *leude*, en su *hombre* é imponía el deber al caudillo de recompensar esta fidelidad con armas ó caballos, antes de las invasiones, y después con parcelas de tierra. Así comenzó la clase de propietarios rurales entre los germanos, al lado y á expensas frecuentemente de los propietarios romanos. Estos, sometidos al impuesto, á la justicia y á la policía del Estado, gozaban de la propiedad completa y podían enajenar, donar y legar libremente sus bienes; este tipo de la propiedad romana, es en suma, el del derecho civil actual, pero no era así la propiedad otorgada al guerrero germano; ésta tenía el carácter de la que los romanos llamaban *beneficio*, que en realidad era usufructuaria, podía ser revocada por el donante y no podía dejarse en herencia sin su venia. El sistema de la propiedad feudal nace de estas dos corrientes que se confunden; desde luego los germanos quisieron que sus beneficios fuesen hereditarios y ya en los tiempos de los merovingios lo fueron. ¿Por qué? La explicación está en la espantosa lucha secular de los dinastas merovingios entre sí, y como ni había ejército permanente, ni había impuesto, era preciso recurrir á los leudes, á los fieles, y aumentar sus privilegios y rendirse á sus exigencias; este es el secreto de todo el desenvolvimiento de la institución feudal. ¿Qué fueron, en suma, los carolingios, mas que una familia de antiguos beneficiados que adquiere dominios inmensos en Ostrasia y los transmite de generación en generación hasta hacer suyo al país y al monarca? Carlo Magno contuvo con el poder de que disponía al feudalismo que avanzó poco, durante su reinado, pero que almacenó nueva fuerza para el porvenir, porque el emperador lo organizó; protegió á los hombres libres que querían depender directamente del príncipe, mantuvo el estado precario (es decir á merced del benefactor) del beneficio y aunque dió grandes encargos ó empleos (oficios) en las provincias y en las fronteras del imperio á sus leudes domésticos (á sus